

## Diccionarios

Gonzalo Rocha\*

Esther Acevedo (coord.), *A la luz de la caricatura. Diccionario gráfico, México 1861-1903*, México, INAH, 2021, 428 pp.

Uno de los testimonios más bellos acerca del anhelo por el saber, al que nos inducen los diccionarios, es aquel escrito y descrito por Gabriel García Márquez en su prólogo para *Clave. Diccionario de uso del español actual*. En él narra cuando su abuelo, el general Márquez, se ve en la necesidad de discernir la diferencia entre camello y dromedario luego de una visita al zoológico. La consulta deriva pronto en el inicio del aprendizaje de la lectura, del nieto que ronda la edad de los párvulos.

El general, que a una edad precoz había comenzado su enrolamiento militar, era un hombre más de acción y armas que de letras, y ni los años ni el grado le habían hecho adoptar pretensiones de alta

cultura, por tanto, no contaba con una dotada ni atractiva biblioteca y, posiblemente, por eso, luego de descubrir el prematuro gusto por las letras del niño, decidió enseñarle con el único libro que no puede faltar en ningún hogar y en el que de seguro algo interesante se iba a poder encontrar: el diccionario.

Este libro, le dice el abuelo, “no sólo sabe todo, sino que es el único que no se equivoca”. Lo que en primera persona describe después el futuro escritor, es que en aquella experiencia en que se “asomó al mundo entero por primera vez”, admiró unos dibujos preciosos que le sirvieron de incentivo para entender las abigarradas palabras insertas en las cuantiosas páginas. Luego de sopesar el tamaño del mamotreto preguntó al abuelo: “¿Cuántas palabras habrá? Todas” —le respondió con una certeza genuina el general—. En los futuros días, ese viejo diccionario, en vez de ser visto como un libro de estudio aburrido, se convirtió en las delicias del abuelo y el nieto, quienes a partir de allí se dedicaron a leerlo con disciplina y avidez.

La ventaja que tenemos cualquiera de los lectores ante un diccionario, seamos militares o civiles, abuelos o nietos, es que nos sentimos cómodos siendo ignorantes, algo que no todos los libros nos lo permiten; de hecho, frente a uno de estos abultados glosarios todos lo somos y —es más, no tiene sentido acudir a ellos siendo sabelotodo—, al mismo tiempo, a todos por igual siempre nos dan la oportunidad de aprender algo nuevo. Nadie tiene obligación de saber completamente lo que allí está escrito ni hay que leerlo de corrido, y a no ser que tengamos la guajira ambición de ganarnos un premio de 64 000 pesos, no se nos va a hacer un examen.

Rescato el sentido de la introducción al diccionario que hoy presentamos, porque a pesar de esta naturaleza de “libro de consulta” que caracteriza a los diccionarios, al igual que el descrito con anterioridad, desde el primer momento que uno abre las numerosas páginas de *A la luz de la caricatura. Diccionario gráfico, México 1861-1903*, coordinado por la doctora Esther Acevedo y traba-

\* Caricaturista de *La Jornada*.

jado exhaustiva y acuciosamente por el equipo de investigación integrado por Helia Emma Bonilla Reyna, Gretel Ramos Bautista, Norma Angélica Pérez Gasca y Mónica Ponce, uno cae rápidamente en cuenta de que es imposible detenerse en una sola búsqueda (“a que no puedes buscar sólo una” nos podría incitar la mercadotecnia editorial en algún lugar de la portada).

Al igual que lo que dijo el Gral. Márquez, les puedo asegurar que este libro “sabe mucho” y sólo porque un caricaturista debe de tener siempre un afán crítico, no diré que “lo sabe todo”, pero sí diré en cambio que “no se equivoca”; de hecho, uno de sus objetivos es justamente la corrección de faltas y equívocos de identidad que las autoras han encontrado en una gran cantidad de estudios, una falta de rigor muy común propiciada por distintas escuelas históricas que durante muchos años desestimaron el valor de la imagen como fuente histórica; este tipo de descuido es frecuente sin importar si los libros son de divulgación o académicos, éstos supuestamente más estrictos.

El diccionario gráfico que hoy presentamos no contiene todas las palabras, pero sí el universo de personajes que influyeron en la vida pública y política de la segunda mitad del siglo XIX; desde presidentes, políticos de todo cargo, diplomáticos, líderes cívicos y religiosos, hasta toreros, editores, literatos, poetas, inversionistas, banqueros, caciques, científicos, jefes militares, periodistas, caricaturistas, ciudadanos todos ellos que detentaron y participaron de una u otra forma de los hilos del

poder. Cada uno de los 163 personajes cuenta con una breve ficha biográfica, más una anécdota que se le conoció en algún momento de su vida, en algunos casos el “genio y figura” y, casi en su generalidad, están retratados en dibujos caricaturescos entresacados de escenas satíricas, que en el glosario se podrán buscar para admirarlas completas.

El objetivo principal es que el lector o investigador, ya sea interesado en caricatura o historia del siglo XIX o un simple curioso, cuente con la información mínima y gráfica sobre estas personalidades decimonónicas.

Al hacer dicha identidad y reconocimiento de personalidades por la vía de la caricatura, se tiene que contar con retratos reconocibles, por lo que yo agregaría que de manera colateral se cumple con dos grandes propósitos más: el primero de ellos, mostrarnos la excelsa calidad artística de los caricaturistas mexicanos que publicaron a partir de la década de los sesenta en la segunda mitad siglo XIX, hasta las postrimerías del siglo XX en 1903. Dominio de oficio, creatividad, evolución técnica y constancia son patentes en las diez prolíficas plumas caricaturescas aquí consignadas que, por su alto grado de calidad, son un número que me atrevo a decir, aún en el México más poblado de hoy y con más publicaciones, cuesta trabajo alcanzar: Jesús Alamilla, Daniel Cabrera, Alejandro Casarín, Constantino Escalante, Santiago Hernández, Jesús Martínez Carrión, Eugenio Olvera, Ángel Pons, José Guadalupe Posada y José María Villasana. Ellos mismos, ganado a

pulso y trazo, pasan a formar parte de esas 163 personalidades notables de su época.

El segundo propósito cumplido es que la labor de reconocimiento de los retratados, rescata a la vez a sus magníficos retratistas, pues a excepción del muy estudiado José Guadalupe Posada, quien gracias a que se ocupó de un periodismo que también daba registro al pueblo raso, hecho que a la postre le dio universalidad y atemporalidad a su obra, la de los demás creadores fue perdiendo interés en la medida que el tiempo se encargó de que la mayoría de los personajes retratados y sus gestas fueran olvidados.

Dos preguntas insertas en las reflexiones de la doctora Esther Acevedo me han provocado el cosquilleo de elaborar una reflexión propia al recorrer las páginas de este diccionario: “¿cuál fue la perspectiva del caricaturista en ese momento de la historia?” y “¿cuál fue el *quid* de la caricatura decimonónica?” Parto del axioma de que por sus características más básicas, como es la de apelar a una “opinión pública”, el periodismo contiene una intrínseca naturaleza liberal, sin importar si más tarde plumas conservadoras también participen de él; el medio periodístico es propio del liberalismo surgido del siglo de las Luces.

Los dibujantes mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX, que por su gran oficio bien pudieron haberse dedicado a la pintura, decidieron en cambio entrar en los talleres litográficos de la prensa desde distintas y cambiantes trincheras, pasando a ser colaboradores relevantes de la prensa que

podía etiquetarse de radical, conservadora, liberal, de oposición, independiente o subvencionada, y el arte siempre irreverente que allí consolidaron los convirtió en caricaturistas practicantes de la burla a quienes en la jerarquía social detentaban espacios de autoridad. En lo que respecta a la estética, su arte valoraba la expresividad cómica, la fealdad, la exageración de los rasgos, algo contrario a la belleza que se construía a través de la proporción. La franca expresividad y la síntesis se oponen por principio a las alegorías decorosas; en suma, los caricaturistas hacían todo lo no permitido en el mundo de las instituciones académicas y, por tanto, como estudiantes revoltosos se vieron expulsados de las artes mayores o bellas artes, lo cual, lejos de convertirse en una degradación de rango, se convirtió en el abandono de una camisa de fuerza.

En los mismos años, en Europa la pintura experimentaba una transformación como consecuencia de los cambios tecnológicos de la época; la Revolución Industrial permitía que los artistas crearan de manera independiente y más económica a partir de hacerse de materiales manufacturados y comercializados; el poder comprar sus pigmentos sin tenerlos que fabricar ellos mismos ni sostener un taller con aprendices, hizo que se pudieran deshacer de la figura del mecenas. El cambio llevaría consigo una independencia en sus formas de pintar y en sus temáticas; ya sin tener que cumplir con una comisión obligada podían escoger sus motivos de manera libre. Los pintores que rompieron con lo académico pagaron por un largo

tiempo con la incompreensión del público y con la falta de un mercado que les hiciera más llevadera su sobrevivencia; algunos ni siquiera llegaron a ver en sus vidas el éxito, otros vieron cierta aceptación de la crítica sin que eso se tradujera realmente en una ventaja material. Van Gogh, Gauguin, Manet, Monet, Degas, Toulouse Lautrec (este último también dedicado a la caricatura) y otros, padecieron la precariedad de su economía, aunque heroicamente no por ello cesaron en mantener libre su creación con el poco margen que les era posible.

Faltaba aún más de 50 años para que el arte pictórico de México se empatara con el europeo, por lo que aquí, en la segunda mitad del siglo XIX, no existía tal posibilidad; no contamos con artistas de esa disciplina que hayan compartido con sus pares europeos la inquietud de romper con la Academia. En este contexto, el verdadero arte liberal se expresa en el periodismo. La prensa de combate es patrocinada por las distintas fuerzas políticas y dentro de ella los caricaturistas son indudablemente una punta de lanza.

Como bien dicen las reflexiones de la coordinadora del libro, la doctora Acevedo, “las definiciones políticas amplias son cambiantes y no es lo mismo un liberal de la época independiente, que uno de la reforma o un liberal porfirista”. A ello habría que añadir que existe una diferencia entre el comportamiento de un liberal en la esfera de lo público y otro en lo privado. No es difícil imaginar a un ideólogo o político formando parte de una publicación que defiende pos-

tulados liberales auspiciando y acicateando la labor de un aguerrido caricaturista; en cambio, es difícil imaginarlo haciéndose de un cuadro no convencional para colgarlo en su casa. Qué tan conservadores seguían siendo los liberales y qué tan liberales los conservadores, es algo que aún no formaba parte del debate público.

Los caricaturistas consignados en este diccionario, desde su condición de artistas mayores, no académicos y practicantes del arte menor (como se le ha etiquetado por mucho tiempo), se dieron el gusto y la tarea de enarbolar la libertad de expresión en los periódicos. No hay que idealizar, pues muchas veces la práctica de este derecho se dio a costa de la persecución y la cárcel, pero valía la pena a cambio de que en estos impresos se mantuviera y promoviera el interés por la actualidad, la crítica a los dogmas e hipocresías de la religión, al imperialismo, la defensa del progreso, la educación científica y el pensamiento libre. Se convirtieron así en una vanguardia, previo a que este término apareciera en la escena artística. La pintura, mientras tanto, se hallaba atrapada en la Academia, alejada en sus preciosismos al llamado de las causas. Por ello no es casual que los posteriores pintores modernistas de la primera mitad del siglo XX, que buscaban convertirse en vanguardia, voltearan a ver el trabajo de los caricaturistas, a Honoré Daumier en Francia, y al gran intérprete del temperamento popular, José Guadalupe Posada, en México.